este caso, sicológica y sociológica.

Asegurábamos que malgrado las coqueterías del autor con las nuevas ideas de renovación social, las más profundas raíces de su espíritu se nutrían de savia feudal.

Bastaría para comprobarlo, conocer parte de su sicología a través de su ensayo, admirable de forma, "El dolor de la lejanía", contenido en el mismo libro. El autor canta el recuerdo de la tierra, el sentimiento de dulce tristeza que constituyen la "saudade" y la "morriña", sentimiento que se afirma en el amor a la tierra, al agro, tan fuertemente campesino y típicamente característico del hombre extraño a la gran urbe. Es difícil imaginar a un yanqui o a un inglés, los mejores ejemplares del "globe trotter", rendidos bajo el dolor de la lejanía, musitando una plegaria semejante a "Airiños, airiños, aires,—airiños da miña terra". Por algo adquirió en la Edad Media, la palabra saudade su real significado.

Niega Nóvoa Santos que la influencia de factores ambientales y la opresión en que el hombre ha mantenido a la mujer hayan influido sobre las diferencias de desarrollo cerebral entre el hombre y la mujer, que él considera simplemente la expresión de una diferenciación sexual. Pero aún partiendo del hecho de la menor capacidad cerebral de la mujer ¿podemos inferir de ello su inferioridad biológica y por lo tanto dentro de la sociedad? ¿No era mayor el cráneo de los hombres primitivos que el del hombre actual, según lo asienta el mismo Nóvoa Santos? ¿Y no era también en esta época mucho menor la diferencia entre el cerebro de la mujer y el del hombre que en la actualidad? Resulta forzada la hipótesis de una acción obstaculizadora de los giniones, como llama el autor a los factores femeninos, sobre el desarrollo cerebral.

Por el contrario la historia y la realidad social nos autorizan a afirmar que de haber gozado la mujer de libertad e independencia desde las primeras épocas de la humanidad, su contribución al progreso humano no habría sido inferior a la del hombre, es decir habría revelado tanta capacidad como éste. Basta la consideración de que sería suficiente sustraer a sus tareas cotidianas, a las mujeres que desempeñan un trabajo cualquiera, manual o intelectual, en los grandes países capitalistas, para provocar una verdadera catástrofe, que afectaría a toda la humanidad. Se puede además afirmar categóricamente que no sería posible, en épocas en que la mujer sufría una verdadera esclavitud, la existencia de figuras de la calidad de Mde. de Staél, cuyas ideas influenciaron tanto el ambiente político y literario del siglo XIX, de la ilustre Mde. Curie o de Rosa de Luxemburgo, la admirable socialista alemana.

Aceptar para la mujer el enclaustramiento mental y físico que el ilustre médico gallego reclama para ella, en nombre de la maternidad, sería reducirla a la categoría de simple máquina incubadora. "Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción", decía el genial fundador del socialismo científico.

Si la intelectualización de la mujer significa su masculinización y el rebajamiento de su fecundidad, resultaría inexplicable el ejemplo que ofrece la mujer norteamericana. Nadie osaría negar que la extraordinaria actividad de ésta, forjadora a igual título que el varón del poderío de su país, ha contribuido no sólo a liberar su mente y darle importante participación en la vida intelectual estadounidense, sino a formar un acabado tipo de belleza, como las pasadas edades no pudieron contemplar. ¿Y acaso el índice demográfico de un millón de nacimientos al año habla en contra de la fecundidad de las blondas evas del norte? Si nos trasladamos a otro gran escenario social bien podríamos preguntarnos de acuerdo con la tesis del profesor español si los millones de electoras inglesas que en estos días van a decidir de la suerte del Imperio